



ANTONIO NARIÑO

ANTONIO NARIÑO

PRECUSOR DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Por CARLOS RESTREPO CANAL

La filosofía de la historia, atenta a darnos el sentido profundo de los hechos, está siempre contemplando con ojos de Argos el pasado, analizando los sucesos y las relaciones de unos acaecimientos con otros para descubrir la verdad y exponerla ante nuestro conocimiento. Con la obra del insigne precursor de la independencia nacional, es preciso acudir a esa ciencia que nos da no solo la simple relación de sus duros padecimientos por la patria, de sus grandes concepciones políticas y sus portentosas hazañas guerreras, sino también la expresión del sentido de toda esa obra de libertad y de organización nacional.

Cuando Europa, y en particular España, padecía en el siglo XVIII la crisis ideológica de aquella edad y las grandes vicisitudes que la acompaña-

ron, que amenazaban avanzar sobre América y convertirla en víctima pasiva de aquellos convulsionados acontecimientos, Nariño pensó en una patria libre y señora de sus propios destinos; la concibió grande y soberana; rica y próspera; la amó con ardor, con decisión capaz de todo sacrificio y de todo desprendimiento, como lo afirmó hasta los últimos instantes de su vida.

Impulsado por ese ideal y por ese amor enseñó los derechos humanos, como norma de la civilización cristiana, dentro de cuyos eternos auspicios se había conformado nuestra nacionalidad. No importa que tradujese aquellas máximas de una fuente revolucionaria, ni que más o menos rectamente los hubiera enumerado, lo que importa es el pensamiento de justicia humana que su expresión entrañaba, por-

que tal anhelo de justicia era lo que Nariño aspiró a hacer brillar en la patria por él adivinada en noble estado de perfecto señorío.

Cuando cada una de las provincias de nuestro dilatado territorio, sobrepasando los naturales derechos de las regiones patrias dentro del conjunto de la nación, optaron por quebrantar la antigua unidad, que a esto equivalía la federación en la práctica, Nariño mantuvo erguido el símbolo de esa necesaria y esencial unificación de la Nueva Granada, luchó por ella, por causa de la integridad patria, se oyó llamar déspota y tirano de quienes no habían entendido su abnegación ni acertado a comprender su gran concepto político, a pesar de que abundasen como él en desinterés y abnegado afecto patrio.

Ni quien había sabido con acierto expresar virilmente, por medio de docta exposición jurídica, los mismos derechos humanos y los propios de los pueblos de América, como supo hacerlo el ilustre Camilo Torres, cuya efigie romana se destaca con caracteres de primera magnitud en los albores de nuestra vida independiente; acertó con visión de grande y genial del estadista, cual la de Nariño, a ver, a concebir la noción de la patria como potencia ornada con el vigor intelectual de Mirra o con la fuerza incontrastable de Marte para defender y mantener los derechos, el señorío y la dignidad, cuya posesión había adquirido.

Solo Nariño tuvo esa concepción, y, recordando la expresión con que uno de nuestros grandes pensadores se refiere a esta idea del héroe a quien nos

cumple hoy honrar y rendir tributo de gratitud, podemos decir: "Allí esplendó el fulgor del genio, que no discurre sino ve".

En Bogotá salió como denodado campeón de la unidad y del centralismo a lidiar contra la federación que dispersaba las fuerzas patrias y dejaba nuestra libertad expuesta a ser rendida por el empuje de la reconquista, que Nariño supo adivinar, ver y anunciar, con esa misma visión previsor de los grandes estadistas; y alcanzó magnífica victoria que libró a esta ilustre ciudad de Santa Fé de Bogotá, Atenas de América y corazón de Colombia, de verse humillada por sus hermanas, las provincias granadinas.

Victoriosa ya Cundinamarca de la incomprensión que aspiraba a sojuzgarla, Nariño continuó su obra de unificación y de completa libertad de la República, y, el 16 de julio de 1813, declaró la independencia absoluta de Cundinamarca bajo el amparo de la Virgen del Carmen, plantó en la plaza mayor el árbol de la libertad, y supo mostrar al mismo tiempo que solo dentro del orden y la justicia podía prosperar esa tan deseada libertad que altivamente declaraba el pueblo neogranadino, presidido por aquel gran hombre de estado, cuando reasumía la soberanía que habían perdido los reyes de España.

Segura y libre Cundinamarca, a la que se iban uniendo otras provincias con las que Nariño celebraba hábiles convenios políticos que iban garantizando la próxima organización centralista de toda la Nueva Granada, la

restauración de su unidad, a la vez que la necesaria y justa autonomía de las provincias en las materias que les son propias, Nariño vió llegado el momento de dilatar los términos de la proclamada libertad de Cundinamarca por el sur de la República.

Ya Nariño había iniciado sus actividades militares, había sufrido reveses de fortuna en ellas, mas al cabo había alcanzado la victoria del 9 de enero y que anteriormente hemos mencionado. Pero luego, tras de asegurar con ella, aunque fuese transitoriamente, la tranquilidad del estado, decidió auxiliar a las provincias del sur y arrancar del poder realista a Pasto para conquistar íntegramente el territorio neogranadino, en tanto que Bolívar adelantaba la reconquista de Venezuela con la cooperación de la Nueva Granada.

Empresa ardua era esta del gran Nariño: las fuerzas de que el estado podía disponer eran escasas y poco veteranas; los armamentos no menos escasos, aunque los bríos fuesen muchos y el caudillo que conducía a los ejércitos decidido y dotado de naturales y sobresalientes talentos militares, aunque no fuera táctico ni general de escuela.

Llevaba los batallones Granaderos de Cundinamarca, Guardias Nacionales, el de los Patriotas y los de Tunja y del Socorro, compuestos en su mayor parte estos últimos de pamploneses, cucuteños y veleños, según nos refiere en las Memorias su abanderado José María Espinosa, y la caballería, a cuyo frente iba Antonio Nariño Ortega,

hijo del general. Con esta tropa corrió el ilustre caudillo bogotano la mitad de nuestro territorio de victoria en victoria y de triunfo en triunfo, aun teniendo que retardar sus marchas y alterar con ello los mejores planes de la campaña, por la carencia de elementos de guerra y de víveres para sostener el ejército. Dió este, a pesar de todo ello, prueba de valor, de disciplina y de ejemplar conducta, hasta llegar a los ejidos de Pasto, baluarte del realismo, pero donde el insuceso sufrido por nuestro insigne general y presidente solo se debió a la vil traición de uno de sus oficiales, quien ofendió porque el jefe le había reprochado la innoble conducta con que quiso adularlo, sembró el desorden en la tropa.

Aquel oficial cortó la cabeza al cadáver del jefe realista general Ignacio Asín, caído en el combate de Calibío, y se la presentó a Nariño como un trofeo; mas, este, lejos de aprobar aquella acción, le reprochó duramente al subalterno tan grande villanía que no podía aceptar un tan gran caballero.

Y el oficial adulator vengóse de su general con una nueva villanía: cuando el caudillo santafereño, en rápido movimiento, se lanzó con la vanguardia a tomar a Pasto, el oficial que había profanado el cadáver de un leal enemigo, hizo correr el pánico en la retaguardia del ejército anunciando una mentida derrota; hizo derramar la pólvora, clavar la artillería y suscitó la desbandada de la tropa. Cuando Nariño iba a triunfar en Pasto, después de tan larga y prodigiosa campaña y necesitó del resto de sus fuerzas, que an-

sioso esperaba, solo tuvo el desastre, fruto de la deslealtad. Y así fracasó lo que hubiera podido terminar en una magnífica victoria de la nación y en su más pronta independencia.

Analizando así a este gran prócer se advierte que solo tenía par en el Libertador Bolívar.

Por eso escribió Monseñor Rafael María Carrasquilla aquellas expresivas palabras: "después de Bolívar, Nariño" y las repitió en la magnífica oración pronunciada en la basílica primada de Bogotá, cuando la iglesia metropolitana destinó un lugar de honor a las cenizas del gran varón de la república. Y no solo repitió esa frase entonces nuestro elocuentísimo orador sagrado, uno de los más brillantes que ha tenido Colombia, sino que las explicó diciendo: "Nariño después: por el resultado, no por los propósitos; por la gloria, no por el esfuerzo. ¿Quién es primero, el inventor o el que lleva a la cima el descubrimiento portentoso; el que traza el plano y asienta las bases de la fábrica, o el que cierra la cúpula que parece sostener el firmamento?"

Bolívar cerró esa cúpula maravillosa de la república, pero los cimientos los había echado el Precursor, él, que había adivinado la grandeza de la patria y de la América libre, y había dilatado su mirada por todos los ámbitos del continente donde aspiraba a ver implantada la anhelada libertad, que él quería regida por el orden y por la autoridad, que tal fue el lema de su concepto y plan de organización republicana.

Por eso, cuando formada ya la Gran Colombia se preparaba a darse su primera constitución, y Nariño pisó de nuevo el territorio patrio, tras su largo y duro cautiverio en Cádiz, Bolívar saludaba al héroe y genial precursor de la nacionalidad con aquellas emocionadas palabras: "Entre los muchos favores que la fortuna ha concedido últimamente a Colombia, cuento como el más importante el de haberle restituido los talentos y virtudes de uno de sus más célebres e ilustres hijos. V. S., merece por muchos títulos la estimación de sus concidanos y muy particularmente la mía".

"Celebraría infinito que acelerara V. S., su marcha y anticipase lo posible el placer de saludarlo y estrecharle por primera vez entre mis brazos". Nombróle en seguida Vice-presidente interino de la República, para que fuera este insigne prócer quien instalara nuestro primer Congreso constituyente, que Nariño abrió el 6 de mayo de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta.

Y entonces vemos repetirse las concepciones políticas de Nariño, que demuestran una vez más su acierto de organizador: él, quien sostenía que la Nueva Granada debía tener un gobierno unitario en los años de la primera república, conceptuaba que al formarse la Gran Colombia debía existir un sistema de organización más elástico entre las nacionalidades que se conjugaban para formarla, y propuso al Congreso una constitución que pudiera dar paso al federalismo en caso necesario, que descentralizando a las partes constituyentes del país y dándoles

mayor libertad de acción, garantizara la perduración de la nueva y vasta república que había concebido y había logrado formar el Libertador.

El rechazo de este proyecto de constitución presentado por Nariño en la augusta corporación constituyente puede contarse como una de las causas de la disolución de la Gran Colombia, causa que llevaba en sí desde los primeros momentos de su organización.

En Nariño, santafereño, hijo de padre español, se realizaba, como en la generalidad de los pueblos que lidiaron en los campos de batalla y en los próceres que organizaron la república, el hecho de que España no fue vencida en América, sino que se venció a sí misma en los campos intelectuales y guerreros del Nuevo Mundo, donde ella había implantado su cultura y donde había dilatado su ser mismo en las nuevas naciones, que eran en realidad nuevas Españas.

Cuando hombres que no habían nacido aún, según las terribles palabras de Nariño, en los años en que él ya padecía por la patria grandes penalidades, se atrevieron a acusarle ante el Congreso; la acusación suya solo sirvió para realzar los méritos del prócer y para hacer vibrar una vez más, y quizás en forma más brillante, ya en las postrimerías de su vida, su avasalladora elocuencia de gran tribuno, y para que la primera corporación de la república, al absolverlo de todo cargo, rindiera un justo homenaje a sus grandes merecimientos y a su excelso patriotismo.

Recordando ahora las glorias y las vicisitudes del precursor, héroe y caudillo de nuestra independencia nacional, retornan a la memoria otras palabras de la ya antes citada magnífica oración, laudatoria y fúnebre a la par, de nuestro insigne orador sagrado: "Colombia, la de la independencia, fue grande; pero Bolívar y Nariño eran mayores que ella, y las naciones en ciertos momentos no toleran en su seno elementos que las superen. El Precursor de la Independencia, el fundador de la República, tuvo que retirarse a la solitaria Villa de Leiva, en busca de reposo al espíritu atribulado, no vencido".

Contóse a Nariño, quien fue además el precursor de nuestro periodismo político, entre los primeros escritores de su época, "A la par de Caldas y antes que Caro viniera al mundo", como dijo su citado y elocuente panegirista, y "hombre sin igual" como allí se le llama, esperó serenamente la muerte; cuando advirtió que llegaba su última hora, recibió humilde y devotamente los últimos sacramentos; se despidió luego de sus parientes y amigos "para el país de las almas", y esperó luego el momento postrero sentado en medio de los suyos, recitando los salmos penitenciales, y con el reloj en la mano aguardó la hora decisiva. A las cinco de la tarde del día 13 de diciembre de 1823, dijo, es tiempo: cubrióse luego con la señal de la Cruz y expiró.

Su testamento fue muy breve, pero sublime: lo constituyeron unas pocas palabras pronunciadas en aquellos últimos momentos; en ellas se encuen-

tra el espíritu con que nuestros antepasados sirvieron a su patria. Cierro con ellas este breve elogio, que yo quisiera que fuese digno de Nariño, pero que sé que es poca cosa ante la memoria del ilustre prócer: he aquí esas

palabras que no ha olvidado Colombia:

“Amé a mi patria: cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia. No tengo que dejar a mis hijos sino mi recuerdo; a mi patria le dejo mis cenizas”.

